

6º D. PASCUA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 14,15-21.

En aquel tiempo Jesús dijo a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad El mundo no puede recibirlo porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque vive con vosotros y está en vosotros.

No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros». El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama. Al que me ama, lo amaré mi Padre y yo también lo amaré y me revelaré a él.

SOSTENIDOS POR EL ESPÍRITU

El Evangelio de este domingo nos presenta dos mensajes: **«el cumplimiento de los mandamientos»** y **«la promesa del Espíritu Santo»**. Jesús vincula el amor a Él con el cumplimiento de los mandamientos y en esto insiste en su discurso de despedida: **«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»** **«El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama»**.

Jesús nos pide que le amemos y nos explica cuál es el sentido de ese amor. No se trata de ningún deseo de Él, ni de ningún sentimiento. **«Jesús nos pide obras»**, nos pide la disponibilidad para seguir su camino, es decir, **«la voluntad del Padre»**. Y la voluntad del Padre se resume en el mandamiento del amor mutuo **«Que os améis unos a otros, como yo os he amado»**. Jesús no dijo: “Amadme como yo os he amado”, sino “amaos recíprocamente como yo os he amado”.

Jesús nos ama sin pedirnos nada a cambio. Es un amor gratuito y quiere que este amor gratuito suyo **«se convierta en la forma concreta de vida entre nosotros»**. Esta es su voluntad. Y para ayudar a los discípulos a recorrer este camino, Jesús promete que rogará al Padre para que envíe **«otro Paráclito»**, es decir, un Consolador, un Defensor, que ocupe su lugar y les dé la **«inteligencia»** para escuchar y el **«valor»** para cumplir su Palabra. **«Este es el Espíritu Santo»**, el don del amor de Dios que desciende al corazón del cristiano.

Tras la muerte y resurrección de Jesús, su amor se manifiesta a aquellos que **«creen en Él y son bautizados»** en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y es el Espíritu mismo quien **«los guía, los ilumina y los fortalece»**, para que cada uno pueda caminar por la vida, incluso en medio de **«la adversidad y la dificultad»**, en **«las alegrías y las penas»**, permaneciendo en el camino de Jesús.

Esto se hace posible precisamente **«permaneciendo dócil al Espíritu Santo»**, de modo que, a través de su **«presencia activa»**, no sólo nos consuele sino que **«transforme nuestros corazones»** abriéndolos a la verdad y al amor. Frente a la experiencia del error y del pecado, por la que todos pasamos, el Espíritu Santo nos ayuda a no sucumbir, acogiendo y viviendo plenamente el sentido de las palabras de Jesús: **«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»**. Los mandamientos no se nos han dado como una especie de espejo en el que veamos reflejadas nuestras miserias e incoherencias. La Palabra de Dios se nos da como **«Palabra de Vida»**, que transforma el corazón, que renueva, que **«no juzga para condenar»**, sino que cura y tiene como fin **«el perdón»**.

Así es la **«Misericordia de Dios»**, la Palabra que ilumina nuestros pasos y que actúa **«a través del Espíritu Santo»**. Es don de Dios, es Dios mismo que nos ayuda a ser **«personas libres»**, **«personas que quieren y saben amar»**, **«personas que han comprendido que la vida es una misión»** para proclamar las maravillas que el Señor realiza en aquellos que confían en Él.

El Espíritu Santo no sólo nos consuela, sino que, a su vez, nos hace **«capaces de consolar a los demás»**. La consolación verdadera viene de Dios, que es el **«Padre de toda consolación»**. Y viene sobre quien está en la aflicción, pero no se detiene en él. Su objetivo último se alcanza cuando quien ha experimentado la consolación se sirve de ella para consolar a su vez al prójimo, con la misma consolación con la que él ha sido consolado por Dios.

Quien así consuela no se contenta con repetir palabras de circunstancias: ¡ánimo, no te desalientes, verás que todo sale bien!, sino que transmitirá **«el auténtico consuelo que dan las Escrituras»** y que es capaz de **«mantener viva nuestra esperanza»**. Así se explican los milagros que una sencilla palabra o un gesto, en un clima de oración, son capaces de obrar a la cabecera de un enfermo. **«¡Es Dios quien está consolando a esa persona a través de ti!»**

Si la consolación que recibimos del Espíritu no pasa de nosotros a los demás, si queremos retenerla egoístamente para nosotros pronto se corromperá. De ahí el porqué de esa bella oración atribuida a San Francisco de Asís, que dice: **«Que no busque tanto ser consolado como consolar, ser comprendido como comprender, ser amado como amar...»**.



Hoy celebra la Iglesia, la **«Pascua del Enfermo»** con el lema **«No me rechaces ahora en la vejez, no me abandones»** **«Déjate cautivar por su rostro desgastado»**. Quizá la mayor de las necesidades del ser humano es cómo afrontar la enfermedad y la vejez. La Iglesia, la comunidad cristiana, la familia y la ayuda médica han de ser, para el enfermo y el anciano, **«motivo de esperanza»**. La vida, el mayor de los bienes que tiene la persona, debe ser cuidada desde su comienzo hasta su final.

Que sepamos escuchar la Palabra de Dios y acoger el don del Espíritu Santo que nos ayude a vivir el Evangelio con alegría, sabiendo que **«el Espíritu nos sostiene»**. Es el fuego divino que caldea nuestros corazones e ilumina nuestros pasos. ¡Que así sea!